

# VOLVERÉ AYER



**Domingo Santos**

Los viajeros del tiempo son un tema grato a los buenos autores de Fantasía Científica. Domingo Santos, que de manera brillante hace su aparición en el campo literario con *VOLVERÉ AYER*, no es una excepción, y en su obra nos ofrece de manera magistral tres interpretaciones de tan apasionante tema. En la primera de ellas, se trata tan solo de un viaje al «ayer», efectuado mediante la maravillosa máquina del Profesor Bingelow por el periodista Fawcett, quien se ofrece de «conejillo de indias» humano para salvar a su novia que va a ser víctima de un terrible accidente. Domingo Santos, en ésta su primera obra de Fantasía Científica, aborda el tema con conocimiento y altura, ganándose con ello un destacado puesto entre los cultivadores nacionales de este difícil género literario.

# VOLVERÉ AYER

## TIEMPO PRIMERO: AYER

### 1

—¡BEN! ¡El jefe reclama tu presencia!

Ben Fawcett, veintiocho años, un metro ochenta de estatura y noventa kilos de peso, levantó la vista de su maquina-escritora, a la que acababa de dictar un párrafo de su último artículo. Miró al que le había dado la noticia y murmuró algo por lo bajo.

—¿Sabes para qué?

El otro, un chico bajito, con más pecas en la cara que arena tiene desierto, se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! Ya sabes que el tipo es poco comunicativo. Algún trabajito de última hora, supongo.

Refunfuñando, Fawcett asintió. Apartó con un pie la escritora, cerró el contacto de registro electrónico, depositó el micrófono en su horquilla, y se levantó.

—Está bien, ahora voy.

Atravesó la hilera de mesas donde el personal del periódico se afanaba dando los últimos toques a sus respectivas secciones, y se encaminó hacia una puerta en cuyo cristal esmerilado podía leerse:

**SAMUEL S. WHITE**

*Director*

Golpeó con los nudillos, y esperó.

—¡Adelante! —gritó una voz desde el otro lado.

Ben Fawcett abrió la puerta, y se encontró en un despacho repleto de papeles por todas partes: papeles por el suelo, papeles por las mesas, papeles por las sillas, y pape-

les en la mano del hombre que estaba sentado tras la mesa principal del despacho.

Samuel S. White podía cargar tranquilamente con el título de ogro que, para no perder la costumbre, le habían impuesto sus empleados. Su metro veinte de perímetro torácico, su metro cuarenta de perímetro abdominal, sus dos metros de estatura, y sus ojos orientalmen- te oblicuos, representativos de una próxima o remota (más próxima que remota) ascendencia china o japonesa, hacían pensar en él como en un genio escapado de alguno de los cuentos de Aladino. Pero él no tenía en la mano ninguna lámpara, sino un legajo de papeles, y de su boca no emergía ninguna palabra mágica, sino un deshilachado puro semi-roído por la punta, que apestaba horriblemente a diez leguas a la redonda.

—¡Ah, hola, Ben, siéntate! —exclamó, al ver a Fawcett entrar en el despacho—. Tengo trabajo para ti.

Ben Fawcett desocupó de papeles una silla, e hizo lo indicado por el otro. Tras una corta pausa, White mordisqueó un poco más su puro y dijo:

—Se trata de algo especial para ti, Ben. Un trabajo de los que te gustan.

—Bien, ¿y qué es?

White rio levemente, y mordisqueó de nuevo su puro un poco más.

—¿Estás impaciente, eh? —exclamó—. Se trata de algo muy interesante, un viejo chiflado o un genio, no lo sé. Un tal profesor Agnus Bingelow, que afirma haber inventado una máquina «*traslato-temporal*» dice él. Una máquina del tiempo, en resumidas cuentas. Ayer reunió una rueda de prensa, a la que hizo varias afirmaciones en el sentido de que ya la tenía lista, que era una realidad, y que sólo le faltaba hacer la prueba definitiva: la prueba con un hombre.

—Ya.

Fawcett se frotó la mandíbula.

—Y yo he de ir a entrevistarle, y averiguar qué hay de cierto en lo que afirma, ¿verdad?

—Exacto. Tanto si es cierto lo que afirma como si no lo es, será un buen reportaje para la edición de mañana, ¿no te parece?

—Mmm...

Fawcett dudó, pensativo. En él acababa de despertarse el sabueso periodista que llevaba dentro.

—Creo que hay tres probabilidades —murmuró como para sí mismo—: que este tipo trate de lanzar un bulo, que esté loco de remate, o que en realidad sea cierto lo que afirma.

—De acuerdo. ¿Y tú qué dices?

—Pues que si es lo primero, el tipo puede intentar embaucar a algún tonto que tenga dinero, mediante la hipotética financiación del invento. No sería el primer caso de esta índole que se nos presenta. En esta situación, podemos esperar a que pique el primo y ¡zas!, noticia al bolsillo. Si es lo segundo, la noticia no será más que algo vulgar y corriente; tendremos que encogernos de hombros y limitarnos a publicar una simple gacetilla desengañando a los ilusos. Ahora bien, si es lo tercero... el «Meteor» puede hacer fama y fortuna repentinamente.

—¿Más de la que tiene ahora? —gruñó White.

Y le miró, burlón.

Fawcett dejó escapar una risita.

—No presumas, Sammy.

Samuel S. White soltó un bufido en voz de bajo profundo, y se arrellanó en su asiento.

—Ehhh... está bien, dejemos esto, Ben. Sabía que la noticia te interesaría. ¿Estás dispuesto a ir a la lucha?

—O.K. ¿Cuándo deseas que me lance?

—Esta misma tarde, naturalmente. Así podremos publicar lo que resulte en la edición de mañana, y adelantarnos a cualquier posible competencia. Con un poco de suerte, naturalmente.

Fawcett se rascó pensativo la cabeza, y acabó moviéndola de un lado para otro.

—Sólo veo dos inconvenientes —replicó—. El primero: ¿quién terminará en este caso el artículo sobre la hiper-traslación que estoy escribiendo? Y el segundo: esta tarde llega Hellen desde Nueva York. Hace seis meses que no nos vemos, y no quiero estropearle la fiesta de bienvenida. He de ir a esperarla al aeropuerto, y después pensamos ir a celebrarlo en grande. De modo que...

—De modo que puedes hacerlo todo tranquilamente —le interrumpió White—... El trabajo sobre la hiper-traslación no ha de publicarse hasta el... hoy estamos a veintiséis... hasta el treinta y uno. Este extremo está solucionado. Y en cuanto al otro... ¿a que hora llega Hellen?

—A las nueve, lo sabes bien.

—Entonces tienes tiempo sobrado para todo. Son ahora las —consultó su reloj—, las doce y media. Te largas inmediatamente a comer, y a primera hora de la tarde vas a ver a Bingelow. Lo entrevistas, le sacas el jugo, y como eres un tipo listo puedes haber acabado a las ocho lo más tarde. Todavía te queda una hora libre. ¿De acuerdo?

Fawcett protestó un poco.

—Veo que a ti no puede oponérsete nada —murmuró, suspirando—. Te lo tenías todo calculado ya de antemano.

—Naturalmente. El trabajo es lo primero. Además, por algo soy el director.

—¡Je! —la exclamación no podía ser más irónica—. ¿Y dónde vive este loco o genio que me has dicho?

—Sabía que dirías esto.

Samuel S. White dio una palmada contra la mesa con aire de triunfo.

—En esta tarjeta te he anotado su dirección. Espero que tengas suerte.

Fawcett tomó la cartulina que el otro le tendía, y le echó una ligera ojeada. Se la metió en el bolsillo, y se levantó.

—Yo también lo espero —dijo—. No me gusta ir a por un reportaje y tener que volver de vacío. Hasta mañana, ogro.

Y se fue, levantando una nube de papeles a su alrededor.

## 2

**B**EN FAWCETT, el más destacado reportero del «Meteor» y uno de los mejores de Inglaterra en su especialidad, había ganado merecidamente la fama que le aureolaba. Su especialidad en el interior del periódico era la de «sabueso científico», como se le llamaba entre sus compañeros. Sus extensos conocimientos sobre la materia le permitían siempre meter la nariz en los acontecimientos de índole científica que fueran dudosos o de factura poco clara, intentando desentrañar la verdad de entre su a veces bien montada maraña. Y casi siempre lo conseguía.

Habían sido tres los casos que le habían dado repentina fama, cuando era aún poco menos que un desconocido, a la vez que habían encumbrado al «Meteor» como uno de los mejores periódicos editados en Londres. El primero había sido sobre el colector de pensamientos, patraña hábilmente urdida por un par de ingeniosos sinvergüenzas con el fin de sacarles los cuartos a un grupo de personas crédulas, utilizando como señuelo una al parecer portentosa máquina que permitía recoger los pensamientos de la persona que se deseara, poniéndolos al descubierto, analizándolos y seleccionándolos a voluntad. El caso había sido un escándalo en toda Inglaterra y aun en otros países, y aún se hablaba de él, a pesar del tiempo transcurrido.

El segundo, el invento de los helio-bóolidos, había permitido a Fawcett demostrar la efectividad de estos aparatos como medio normal de transporte, cuando nadie creía ni confiaba en ellos. Su campaña en pro de estos utilísimos



aparatos había sido un éxito rotundo, y ahora los helio-bóolidos se usaban en todas partes, habiendo substituido casi completamente a los antiguos automóviles.

El tercero, finalmente, habíale redondeado la fama que le aureolaba ya, permitiéndole demostrar la falsedad del origen de los restos paleontológicos del último hombrermono, hallado hacía apenas un año en la cuenca del Jura francés, el cual no era más que los restos de un mono prehistórico, hábilmente preparados y montados por un par de fanáticos de las teorías darwinianas para causar el efecto que con ellos se deseaba.

También había escrito Fawcett infinidad de artículos sobre temas de divulgación científica, que le habían granjeado la simpatía general del público lector del periódico. Pero su fuerte eran las investigaciones, cuando él podía actuar de «sabueso científico» y meter la nariz en casos oscuros, dudosos y enmarañados, donde nunca se sabía lo que iba a encontrarse al final.

Ahora, Fawcett veía ante sí un nuevo e interesante caso, de los que a él le gustaban. La máquina traslato-temporal del profesor Bingelow podía ser un bulo o no serlo, pero en ambos casos habría noticia. En cuanto a lo de hallar cuál de los dos casos era el correcto... él se pintaba solo para estos menesteres. Estaba seguro de que no sería necesario mucho más de una simple conversación para ponerlo todo en claro.

El profesor Agnus Bingelow vivía en una apartada villa de las afueras de la capital, en medio de un inmenso campo de verde césped. Su casa era de forma octogonal, y tenía al lado un inmenso pabellón de una altura equivalente a la de dos pisos y una anchura aproximada de una manzana. Fawcett llegó hasta allí con su helio-bólide, aterrizó con una hábil maniobra en el área especial de peaje frente a la casa, y descendió.

Tuvo que llamar un par de veces antes de que un robot criado acudiera a abrirle. Se enteró del motivo de su visita, le hizo sentar amable pero fríamente en un sillón, y pidió que aguardara unos momentos. Después, tan frío como había venido, dio media vuelta y desapareció.

El profesor tardó unos minutos en presentarse.

Era un hombrecillo bajo, delgado, completamente calvo. Su cara estaba adornada por unas gafas de espejuelo, y su mentón lucía una barbita de chivo que le daba un aspecto ligeramente cómico al hablar. Con todo, su rostro no perdía dignidad en ningún momento, lo que impresionaba muy favorablemente hacia él.

Fawcett le expuso rápidamente el motivo de su visita.

—Pertenezco al «Meteor» —informó—; cronista de su sección científica. No sé si habrá oído usted hablar alguna vez de mí.

El profesor se ventiló la barbita con una mano.

—Fawcett, Fawcett... —murmuró—. Benjamin Fawcett... espere un minuto. ¿No fue usted quien escribió aquellos artículos sobre la teoría de los túneles parciales de viaje? ¿Y quien descubrió la superchería del hombre-mono del Jura?

—Exacto, profesor.

Bingelow, en un arranque, le tendió una mano.

—Entonces sea bienvenido, mister Fawcett. Sus artículos son muy interesantes, y considero que sabe usted lo que se trae entre manos. No como otros papanatas que creen ser cronistas científicos. ¿En qué puedo serle útil?

Fawcett se restregó las manos.

—Pues se trata de su máquina del tiempo... bueno, traslato-temporal creo que la llama usted. He tenido noticias de su construcción, y he creído que podría hacer un reportaje interesante sobre ello. ¿Podría obtener alguna información de usted?

—¡Naturalmente, mi buen amigo, naturalmente! A un escritor científico como usted no puede una persona decir-

le no a nada. Tendré sumo gusto en informarle todo lo que desee saber. ¿Quiere acompañarme, por favor?

—Con mucho gusto.

Fawcett siguió al profesor a través de la casa, por un pasillo largo y estrecho al que comunicaban varias puertas. Llegaron al final, y pasaron a un corredor acristalado que comunicaba con el pabellón que el periodista había apreciado desde el exterior. Era grande, inmenso, y su alta bóveda lo hacía aún mayor. Estaba completamente lleno de extraños y diversos aparatos, cuyo uso era completamente desconocido para Ben.

—Éste es mi laboratorio, mister Fawcett —dijo el profesor Bingelow—. Y todo esto que ve aquí es mi máquina traslato-temporal. ¿Qué le parece?

Fawcett lo miró atentamente unos momentos. A decir verdad, había asociado la máquina de Bingelow con una simple cabina metálica que servía para las traslaciones, sin ninguna otra clase de aditamento. No esperaba encontrarse con aquel cúmulo de aparatos cuyo uso era para él un misterio.

—Pues con franqueza... —murmuró— confieso que no sé para que sirve todo esto.

Bingelow rio alegremente, dándole una amistosa palmada en la espalda.

—¡Oh, sí, claro, me olvidaba! Usted ha venido aquí a buscar información. Sí, de acuerdo. Se la daré con mucho gusto. Venga conmigo, por favor.

Anduvieron hacia el final de la nave, donde había una garita acristalada algo elevada con respecto al nivel del resto del suelo.

—Bien, mister Fawcett —dijo Bingelow cuando llegaron allí—. Aquí tiene mi *sanctasanctórum*. Éste es el lugar desde donde dirijo todo mi proyecto.

Ben contempló de nuevo el interior de la cabina. Se encontraba por completo lleno de mandos, esferas, clavijas,

conmutadores... algo como para marear a la persona más serena.

—¿Y cuál es el fin de todo esto? —preguntó.

Agnus Bingelow le dirigió una mirada sorprendida.

—¡Pues efectuar traslaciones por el tiempo, naturalmente! *Esto es mi máquina traslato-temporal.*

Fawcett asintió con la cabeza.

—Sí, sí, de acuerdo. Lo que yo desearía saber es su funcionamiento, sus bases, las teorías en que se apoya... ¡En fin, todo esto!

—¡Oh, sí, claro! Entiendo lo que quiere decir. Es algo un poco complicado, difícil de explicar y de entender si usted quiere, pero... venga conmigo. Usted es una persona a la que se le pueden explicar estas cosas en la seguridad de que las comprenderá.

Volvieron a salir del hangar, y lo atravesaron de nuevo completamente. Fawcett dirigió una mirada alrededor. Había allí una gran multitud de aparatos, muchos de ellos de tipo electromecánico, cuya finalidad no alcanzaba ni con mucho a comprender. Lo que más llamaba la atención era una gran esfera de acero, de unos tres metros de altura, con una puerta en uno de los lados y multitud de cables y sustentadores a su alrededor, que ocupaba el centro del hangar, elevándose por entre todos los demás aparatos. Verdaderamente, si Bingelow lo único que pretendía con todo aquello era pescar algún «primo» que le proporcionara unos cuantos millones por nada, había montado una buena fachada. Y en cuanto a si era un loco maníaco... ningún loco construye ninguno de sus hipotéticos inventos con tantos aparatos, con tal lujo de detalles ni con tantos montajes de precisión.

Llegaron de nuevo a la casa, y penetraron en una nueva habitación: el despacho de Bingelow.

Lo primero que le recordó a Fawcett aquel despacho fue el de Samuel S. White, en el «Meteor». Por todas partes se veían papeles: papeles por las mesas, por las sillas, por

el suelo... Bingelow se metió en aquel verdadero museo de papel, y Fawcett tuvo que hacer verdaderos equilibrios para seguirle. Llegaron al lugar que ocupaba la mesa de despacho, y el profesor le ofreció una silla, tomando la precaución de barrer antes los papeles que había en ella con una mano. Fawcett tomó uno de ellos y lo observó: fórmulas matemáticas, ecuaciones y operaciones algebraicas de séptimo y octavo grado por todas partes, curvas trigonométricas, límites...

—No se preocupe por ellos —le informó Bingelow—. No sirven. Sólo son tanteos y operaciones. Los conservo por si alguna vez tengo que repasar algún cálculo.

Fawcett observó en aquella frase a un Bingelow muy optimista. Si tenía que buscar entre todo aquel maremágnum de papeles el correspondiente a un determinado cálculo matemático... estaba listo.

El profesor se dirigió hacia la pared y recorrió una cortina, presentando un diagrama planificado de las instalaciones que Fawcett acababa de ver. Allí había, mezcladas, mecánica, electrónica, matemáticas, álgebra y trigonometría.

Bingelow lo abarcó todo con una mano.

—He aquí mi proyecto hecho realidad, mister Fawcett. La primera máquina traslato-temporal del mundo. A la vista tiene mi secreto. Puede ahora preguntar lo que quiera.

Fawcett movió la cabeza dubitativamente. Estaba visto que al profesor se le tenían que sacar las palabras de la boca. No le quedaría más remedio que iniciar un interrogatorio masivo.

—Muy bien —exclamó, dispuesto para la batalla—. Dígame entonces en qué bases se funda su proyecto.

### 3

**F**AWCETT SALIÓ de la casa del profesor Bingelow con la cabeza como un bombo. En ella, durante las dos últimas ho-

ras, se habían introducido intensivamente fórmulas, ecuaciones matemáticas, diagramas, proyecciones plásticas...

Ahora, Fawcett ya había llegado a una sólida y única conclusión: el proyecto de la máquina traslato-temporal era algo más que un simple bulo o una locura. No quería decir con ello que la máquina fuera en verdad única, perfecta e irrevocable, sino que el profesor *creía* verdaderamente en ella, tenía fe ciega en su efectividad. Y Fawcett veía ahora también que, una vez comprobado todo, la máquina era, al menos en teoría, una realidad tangible y susceptible a ser trasladada a la práctica. Ahora bien, si en ésta también era efectiva no podía decirlo. Podía fallar o constituir un éxito completo, como habían fallado o constituido éxitos tantos y tantos inventos de la humanidad. Hay tantos imponderables en el campo de la ciencia...

Las bases de la máquina traslato-temporal de Bingelow no podían ser a la vez más simples, más efectivas y más reales. El tiempo es una dimensión, todo el mundo lo sabe, pero una dimensión incorpórea, invisible, impalpable. ¿Dónde se encuentra? ¿Qué lugar ocupa? ¿En qué espacio está situada?

La respuesta a estas preguntas puede encontrarse por simple razonamiento. La Tierra gira sobre sí misma, dando una vuelta completa cada veinticuatro horas. El transcurso de cada una de estas vueltas representa un día. Luego, el Tiempo se produce a medida que la Tierra da vueltas sobre sí misma constantemente. Lo que es lo mismo que decir que el Tiempo es una dimensión circular, que tiene por espacio y mundo la superficie de la misma Tierra en su constante girar.

Pero ¿cómo encontrar esta dimensión? ¿Cómo salir a su encuentro? El Tiempo no es una dimensión material, tangible. Por más que se aumente la velocidad de un objeto, por más que se den vueltas a la Tierra en un sentido o en otro con el afán de alcanzar esta dimensión, no se adelanta ni se atrasa nada más allá de lo normal. Se puede llegar a

tender hacia cero aumentando considerablemente la velocidad, pero siempre quedará una pequeña partícula, una milésima de fracción de segundo de diferencia entre el tiempo de partida y el de llegada. Y esta milésima de fracción de segundo siempre será una milésima de fracción de segundo. No se habrá adelantado ni retrocedido nada. No se habrá alcanzado el Tiempo.

Pero sabemos que la velocidad máxima que puede alcanzar un cuerpo, la velocidad *cumbre* de la materia es de 300 000 kilómetros por segundo: la velocidad de la luz. Cuanto más nos acerquemos a esta velocidad en nuestros giros alrededor de la Tierra, más tenderemos hacia cero. Y cuando sobrepasemos esta velocidad...

Sabemos que la velocidad de la luz es la velocidad *cumbre* de la materia. Una vez traspuesto este límite, la materia deja de ser materia, desaparece, se transforma. Pasa de la dimensión materia, a otra dimensión distinta, desconocida; ésta es la dimensión de la energía, del cero y del infinito absolutos, *del Tiempo*.

Sí, allí se encuentra la dimensión Tiempo. Si una persona lograra dar vueltas a la Tierra a velocidad super-lumínica, encontraría la dimensión Tiempo, podría recorrerla en toda su longitud *y*, girando en uno u otro sentido (*siguiendo la rotación de la Tierra o en dirección contraria a ésta*) lograría llegar hasta el pasado o hasta el futuro, según eligiera.

Pero éste es el grave, importante y al parecer insoluble problema: la materia no puede sobrepasar la velocidad de la luz. Una vez llegada al límite de los 300 000 kilómetros por segundo, la materia deja de ser materia para convertirse en energía, para desaparecer. ¿Entonces?

Éste había sido el triunfo de Bingelow. El profesor había al parecer resuelto este problema con lo que él había llamado la «energetización molecular de la materia». Basándose en el principio de que la materia no es más que energía condensada, había llegado a la conclusión de que podía convertirse la materia en energía sin que por ello per-